

canso con sus miserables pasiones que la arrastran, como á S. Pablo, «á obrar no lo bueno que quiere, sino lo malo que aborrece:» *quod nolo malum, hoc ago*. Esto, como se comprende sin gran trabajo, no es, no puede ser felicidad ni mucho menos, porque todo el bien del hombre consiste en una paz inalterable, en un gozo consolador, en un contento interno de las facultades de su alma. Pues bien; amando totalmente y con preferencia á Dios, y á las criaturas solo en Dios y por Dios, vive el hombre en cierta calma de espíritu que le da la paz, la alegría, el consuelo; porque entonces, y solo entonces, sus facultades descansan en su verdadero objeto que es lo bueno para el corazón, lo verdadero para la inteligencia, la virtud como pasto natural del alma, y todo esto lo encuentra en el grado perfectísimo en que lo busca, y que puede saciarlo cumplidamente, en el amor inefable de Dios; y ya veis que esto es altamente glorioso para el hombre.

S. Agustin, ocupándose de esta importantísima materia en el libro I de la Doctrina cristiana, confirma esta verdad que debemos aprender y practicar para nuestro bien: «Entonces el hombre es perfectamente bueno, dice el santo Obispo de Hipona, cuando todas las acciones de su vida son pasos que da hácia la vida eterna, y se une á ella con todos sus afectos. Pero si se ama á sí por sí, ya no ordena ni refiere este amor á Dios, sino que convertido hácia sí mismo el hombre, no se convierte hácia alguna cosa inmutable; y por tanto ya quiere gozar de sí mismo con algun desórden y defecto propio; pues mejor y mas perfecto es el hombre cuando enteramente se une y estrecha con el bien inmutable, que cuando de Él se separa ó se desune aunque sea para volverse á sí mismo. Luego si aun á tí mismo no te debes amar por tí, sino por amor de Aquel que es el último y rectísimo fin de tu amor, no se debe dar por ofendido ningun otro hombre porque tambien á él le ameis, no por él, sino

por Dios. Dios mismo estableció y nos dió esta regla para nuestro amor, diciendo: Amarás á tu prógimo como á tí mismo; pero á Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todo el entendimiento; de modo que todos tus pensamientos, toda tu vida, acciones, deseos y potencias las dirijas á aquel Señor de quien has recibido esas mismas cosas que le diriges y ordenas:» *á quo habes ea ipsa quæ confers*.

Sin embargo, A. M., estos elevados conceptos del grande Agustin, parecerán tal vez á los amadores de sí mismos pretensiones exageradas que llevan la esclavitud al corazón, imponiéndoles el deber de referir el amor de sí mismo ao amor de Dios, deber que lejos de enaltecer al hombre lo humilla y lo degrada. Los que así opinan ciertamente que no comprenden el amor que deben tenerse á sí mismos. Nosotros no podemos negar que el hombre debe amarse á sí mismo. y debe amarse porque esta es una dulce voluntad, y un precepto de la naturaleza que nunca deja de hacerlo sentir, y del cual por lo tanto no puede dispensarse un solo instante, Empero téngase en cuenta, A. M., que el amor de sí mismo sin amar á Dios, sin referirlo á Dios de quien lo ha recibido «es un amor engañoso, momentáneo y ligero, diré con un sábio, cuyas consecuencias, muchas veces funestas para la salud del cuerpo, y siempre fatales para la tranquilidad del espíritu, lo encaminarán á una completa desdicha en esta vida.»

Esto no obstante, H. M., se llama esclavitud el amor de Dios que reasume todos los amores legítimos del corazón, y que los purifica, y los engrandece, y los bendice; ¡dichosa esclavitud que de esta manera perfecciona nuestros afectos, y los levanta hasta el cielo para glorificarnos! «¡Oh! yugo de amor santo, deberemos repetir sin cesar con el ilustre y meliflúo Abad del Claraval ¡qué dulcemente aprisionas! qué gloriosamente enlazas! qué suavemente apremias! qué blandamente cargas! que fuertemente aprietas, y qué pru-

dentamente enseñas! ¡Oh! feliz amor del que procede el vigor de las costumbres, la pureza de los afectos, la sutileza de los entendimientos, la santidad de los deseos, el esplendor de las obras, la fecundidad de las virtudes, la dignidad de los méritos, la excelencia de los premios: *virtutum fecunditas, meritorum dignitas, præmiorum sublimitas!*

¿Qué más grandezas puede hallar el hombre que las que le proporciona el amor de Dios? ¿qué sentimiento puede elevarlo á mayor altura, ni que lazo mas suave, ni mas estrecho puede unirlo con su Dios? Así es que San Pablo despues de recomendar á los fieles de Colossas el ejercicio de muchas virtudes, les decia: «Mas sobre todo esto tened caridad que es el vínculo de la perfeccion:» *super omnia autem hæc, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* En esta conviccion vemos á los santos esforzarse por amar á Dios, y «amarle sin medida que es el modo de amarle, ya por amarle por sí, ya porque nada hay mas justo ni mas fructuoso que este amor,» como dice S. Bernardo: *quia nihil fructuosius diligi potest.* Por esto el santo rey David decia: «Tengo de amarte, Señor, fortaleza mia;» y no contento con amarle, en lo cual encontraba grande gloria, se dirigia á los justos para que tambien lo amasen: «Amad al Señor todos sus santos:» *diligite Dominum omnes sancti ejus.* Por esto María Magdalena lleva su amor hasta el punto de merecer oír de los labios de nuestro divino Salvador estas palabras de eterna salvacion: «te son perdonados tus muchos pecados porque has amado mucho:» *quoniam dilexit multum.* Por esto S. Agustin, abrasado su corazon en amor de Dios, llega á exclamar un dia: «Dios y Señor mio, de tal manera te amo, que si yo fuera Dios, querria cambiar mi suerte contigo, haciéndome yo Agustin para que tú fueses Dios:» *et ego Augustinus esse, ut tu Deus esses;* y Teresa de Jesus siente tan sublimes y extraordinarias emociones, de tal manera ocupa el amor de Dios su pecho con purisimos é inefa-

bles carismas, que no puede menos de exclamar en el exceso de ese mismo amor: «¡Oh! Jesus mio, ó dilatad mi corazon, ó limitad vuestros favores.»

¿Empero qué necesidad tenemos de aducir ejemplos que confirmen la verdad que exponemos, si nos hallamos ante el altar venerando de la Madre del amor hermoso, María? ¿Quién como esta Señora amó jamás á Dios, ni quién como María fué exaltada por ese amor divino á mayor grandeza? ¡Ah! fiel la Virgen Santísima á este deber el primero de todos por su alta dignidad, por su fin elevado y supremo y por su admirable fecundidad, como acabamos de ver, consagró siempre á su Dios las potencias de su alma, sus sentidos, todos sus actos y su vida toda, hasta poder decir con mayor fundamento que el apóstol de la caridad S. Pablo, que tan perfectamente comprendió esta virtud: «Vivo yo; pero no soy yo quien vive, sino que vive en mí Cristo:» *vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus.* Y esta vida en Jesucristo, que es el Hijo único de Dios y de María, realizada en esta Señora por el exactísimo cumplimiento del deber de amarle, le proporciona una dicha, una gloria inefable, porque ese deber es tambien el mas glorioso, ya porque nos hace referir á Dios el amor que tenemos á nosotros mismos, ya por las recompensas incomparables y santísimas que recibimos por su observancia. Con razon, H. M., os invitaba á amar á Dios, como María lo ha amado sobre la tierra, porque este deber es el primero y el mas glorioso de todos nuestros deberes: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

¡Cuánta necesidad tenemos de comprender perfectamente este deber y practicarlo con escrupulosidad! En todos tiempos el deber inquebrantable de amar á Dios ha encontrado dificultades para su cumplimiento en el amor propio, en el amor de las riquezas, en el amor á las vanidades y á los deleites carnales, y tanto que Agustin llegó á decir: «dos

amores hacen dos ciudades, el amor del Señor á Jerusalem, el amor del siglo á Babilonia; pregúntese cada uno lo que ama, y se conocerá de dónde es ciudadano.» Pero en nuestro siglo que tanto va acercándose al paganismo, si es que ya no ha llegado á él, esas dificultades han tomado unas proporciones que asustan. ¿Quién, y si no, es el que ama á Dios «con todo su corazón, con toda su alma, con todo su entendimiento,» como este Señor nos manda? ¿Quién es el que sacrifica su amor propio al amor santísimo de Dios, el amor á las riquezas, á los placeres y á tantas otras deidades como han levantado las pasiones desarregladas de nuestro siglo, al amor que se debe á nuestro Criador y Salvador? ¡Ah! esta reflexión nos llena de confusión y de tristeza, A. H. M. Pues bien: tiempo es todavía de dirigir rectamente los afectos de nuestro corazón á un fin santísimo. Amemos al Señor como el Señor nos ha amado; amémosle como le amó la Santísima Virgen María nuestra Madre, y amándole, podremos gozarle en compañía de esta Señora en los cielos por los siglos de los siglos. Amen.

---

SERMON PARA EL DIA TRECE.

---

**Poderosos motivos para respetar á Dios, y á las cosas santas.**

---

*Post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

En pos de tí corremos al olor de tus ungüentos.

CANT. I.—5.

Una consecuencia legítima y necesaria de la fe, de la esperanza y del amor de Dios, virtudes que venimos admirando en la Santísima Virgen María nuestra amorosa Madre y Señora, es, M. H., el respeto que tributó á Dios y á las cosas santas esta criatura perfectísima, modelo el mas acabado de todas las virtudes que estamos llamados á practicar. Convencida íntimamente María de la grandeza y magestad de Dios, de las infinitas perfecciones que brillan en este Señor que «ha puesto su trono en el sol;» animada por aquella esperanza consoladora que le descubria horizontes de inmensa é imperturbable gloria, gozando para siempre de su Dios; ocupado todo su corazón de la caridad santísima de este Señor que era toda su alegría, y quien únicamente saciaba su sed de felicidad, el entendimiento de María se humillaba ante la sabiduría infinita de Dios, acatando esa verdad increada y eterna; su corazón dócil le tributaba los homenajes de su profundo respeto; su razón se inclinaba reverente ante el Ser supremo que la alumbraba con los destellos de su ciencia in-